

dueño de Lérida para conservar francas sus comunicaciones con Zaragoza. Consiguió al efecto una orden de la junta de Madrid, ya no débil, pero sí culpable, la cual ordenó la entrega á la tropa extranjera. Cauto sin embargo el general frances, envió por delante al regimiento de Extremadura, que no pudiendo como español despertar las sospechas de los leridanos, le allanase sin obstáculo la ocupacion. Penetraron, no obstante, aquellos habitantes intencion tan siniestra, y haciendo en persona la guardia de sus muros, rogaron á los de Extremadura que se quedasen afuera. Con gusto condescendieron estos aguardando en la villa de Tárrega favorable coyuntura para pasar á Zaragoza, en cuyo sitio se mantuvieron firmes apoyos de la causa de su patria. Lérida por tanto fué la que primero se armó y declaró ordenadamente. Al mismo tiempo Manresa quemó en público los bandos y decretos del gobierno de Madrid. Tortosa luego que fué informada de las ocurrencias de Valencia, imitió su ejemplo y por desgracia algunos de sus desórdenes, habiendo perecido miserablemente su gobernador D. Santiago de Guzman y Villoria. Igual suerte cupo al de Villa-franca de Panadés D. Juan de Toda. Asi todos los pueblos unos tras de otros ó á la vez se manifestaron con denuedo, y allí el lidiar fué inseparable del pronunciamiento. Yendo uno y otro de compañía, nos reservaremos pues el hablar mas detenidamente para cuando lleguemos á las acciones de guerra. El principado se congregó en junta de

todos sus corregimientos á fines de junio, y se escogió entónces para su asiento la ciudad de Lérida.

Separadas por el mediterráneo del continente español las Islas Baleares, no solo era de esperar que desconociesen la autoridad intrusa, resguardadas como lo estaban y al abrigo de sorpresa, sino que tambien era muy de desear que abrazasen la causa comun, pudiendo su tranquilo y aislado territorio servir de reparo en los contratiempos, y dejando libres con su declaracion las fuerzas considerables de mar y tierra que allí habia. Ademas de la escuadra surta en Menorca, de que hemos hablado, se contaban en todas sus islas unos 10,000 hombres de tropa reglada, cuyo número, atendiendo á la escasez que de soldados veteranos habia en España, era harto importante.

Notáronse en todas las Baleares parecidos síntomas á los que reinaban en la península, y cuando se estaba en dudas y vacilaciones, arribó de Valencia el 29 de mayo un barco con la noticia de lo ocurrido en aquella ciudad el 23. El general, que lo era á la sazón Don Juan Miguel de Vives, en union con el pueblo, mostróse inclinado á seguir las mismas huellas; pero se retrajo en vista de pliegos recibidos de Madrid pocas horas despues, y traídos por un oficial frances. Hizole titubear su contenido, y convocó el acuerdo para que juntos discurriesen acerca de los medios de conservar la tranquilidad. Se traslució su intento, y por la tarde una porcion de jóvenes de la nobleza y oficiales forma-

Levantamiento de las Baleares.

ron el proyecto de trastornar el orden actual, valiéndose de la buena disposicion del pueblo. Idearon como paso previo tantear al segundo cabo el mariscal de campo Don Juan Oneille con ánimo de que reemplazase al general, quien sabiendo lo que andaba, paró el golpe reuniendo á las nueve de la noche en las casas consistoriales una junta de autoridades. Se iluminó la fachada del edificio, y se anunció al pueblo la resolucion de no reconocer otro gobierno que el de Fernando VII. Entónces fué universal la alegría, unánimes las demostraciones cordiales de patriotismo. Evitó la oportuna decision del general, desórdenes y desgracias. Al dia siguiente 30 se erigió la junta que se habia acordado en la noche anterior, la cual presidida por el capitán general se compuso de mas de veinte individuos, entresacados de las autoridades, y nombrados otros por sus estamentos ó clases. Se agregaron posteriormente dos diputados por Menorca, dos por Ibiza, y otro por la escuadra fondeada en Mahon.

En esta última ciudad, siendo las cabezas oficiales de ejército y de marina, se habia depuesto y preso al gobernador y al coronel de Soria Cabrera, y desobedecido abiertamente las órdenes de Murat. Recayó el mando en el comandante interino de la escuadra, á cuyas instancias envió la junta de Mallorca para relevarle al marques del Palacio, poco ántes coronel de húsares españoles.

En nada se habia perturbado la tranquilidad en Palma ni en las otras poblaciones. Solo el 29 para

resguardar su persona se puso en el castillo de Bellver al oficial frances portador de los pliegos de Madrid. Doloroso fué tambien tener que recurrir á igual precaucion con los dos distinguidos miembros del instituto de Francia Arago y Biot, quienes en union con los astrónomos españoles Don José Rodríguez y Don José Chaix habian pasado á aquella isla con comision científica importante. Era pues la de prolongar á la isla de Formentera la medida del arco del meridiano, observado y medido anteriormente desde Dunkerque hasta Monjuich en Barcelona por los sabios Mechain y Delambre. La operacion dichosamente se habia terminado ántes que las provincias se alzasen, estorbando solo este suceso medir una base de verificacion proyectada en el reino de Valencia. Ya el ignorante pueblo los habia mirado con desconfianza, cuando para el desempeño de su encargo ejecutaban las operaciones geodésicas y astronómicas necesarias. Figuróse que eran planos que levantaban por orden de Napoleon para sus fines políticos y militares. A tales sospechas daban lugar los engaños y alevos arterias con que los ejércitos franceses habian penetrado en lo interior del reino: y en verdad que nunca la ignorancia pudiera alegar motivos que pareciesen mas fundados. La junta al principio no osó contrarrestar el torrente de la opinion popular; pero conociendo el mérito de los sabios extrangeros, y la utilidad de sus trabajos, los preservó de todo daño; é imposibilitada por la guerra de enviarlos en derechu-

ra á Francia, los embarcó en oportuna ocasion á bordo de un buque que iba á Argel, pais entónces neutral, y de donde se restituyeron despues á sus hogares.

El entusiasmo en Mallorca fué universal, esmerándose con particularidad en manifestarle las mas principales señoras; y si en toda la isla de Mallorca, como decia el cardenal de Retz, „no hay mugeres feas,“ fácil será imaginar el poderoso influjo que tuvieron en su levantamiento.

En Palma se creó un cuerpo de voluntarios con aquel nombre, que despues pasó á servir á Cataluña. Y aunque al principio la junta obrando precavidamente no permitió que se trasladasen á la península las tropas que guarnecian las islas, por fin accedió á que se incorporasen sucesivamente con los ejércitos que guerreaban.

Unas tras otras hemos recorrido las provincias de España, y contado su glorioso alzamiento. Habrá quien eche de ménos á Navarra y las provincias bascongadas. Pero lindando con Francia, privados sus moradores de dos importantes plazas, y cercados y opresos por todos lados, no pudieron revolverse ni formalizar por de pronto gobierno alguno. Con todo, animadas de patriotismo acendrado, impelieron á la desercion á los pocos soldados españoles que habia en su suelo, auxiliaron en cuanto alcanzaban sus fuerzas á las provincias lidiadoras, y luego que las suyas estuvieron libres ó mas desbarazadas, se unieron á todas, cooperando con no menor conato á la destruccion del comun enemigo.

Navarra y provincias bascongadas.

Y mas adelante veremos que aun ocupado de nuevo su territorio, pelearon con empeño y constancia por medio de sus guerrillas y cuerpos francos.

En las islas Canarias, aunque algo lejanas de las costas españolas, siguióse el impulso de Sevilla. Dudóse eu un principio de la certeza de los acontecimientos de Bayona, y se consideraron como intencion de la malevolencia, ó como voces de intento esparcidas por los partidarios de los ingleses. Mas habiendo llegado en julio noticia de la insurreccion de Sevilla y de la instalacion de su junta suprema, el capitan general marques de Casa-Cagigal dispuso que se proclamase á Fernando VII, imitando con vivo entusiasmo los habitantes de todas las islas el noble ejemplo de la península. Hubo sin embargo entre ellas algunas desavenencias, renovando la Gran Canaria sus antiguas rivalidades de primacía con la de Tenerife. Así se crearon en ambas separadas juntas, y en la última despojado del mando Casa-Cagigal, ya de ambas aborrecido, fué puesto en su lugar el teniente de rey Don Carlos O'Donell. Levantáronse despues quejas muy sentidas contra este gefe y la junta de Tenerife, que no cesaron hasta que el gobierno supremo de la central puso en ello el conveniente remedio.

Por lo demas, el cuadro que hemos trazado de la insurreccion de España, parecerá á algunos diminuto ó conciso, y á otros difuso ú harto circunstanciado. Responderémos á los primeros que no habiendo sido nuestro propósito escribir la historia

Islas Canarias.

particular del alzamiento de cada provincia, el descender á mas pormenores hubiera sido obrar con desacuerdo. Y á los segundos que en vista de la nobleza de la causa y de la ignorancia cierta ó fingida que acerca de su origen y progreso muchos han mostrado, no ha sido tan fuera de razon dar á conocer con algun detenimiento una revolucion memorable, que por descuido de unos y malicia de otros se iba sepultando en el olvido ó desfigurándose de un modo rápido y doloroso. Para acabar de llenar nuestro objeto, será bien que fundándonos en la verídica relacion que precede, sacada de las mejores fuentes, añadamos algunas cortas reflexiones que, arrojando nueva luz, refuten las equivocaciones sobrado groseras en que varios han incurrido.

Reflexiones
generales.

Entre estas se ha presentado con mas séquito la de atribuir las conmociones de España al ciego fanatismo, y á los manejos é influjo del clero. Léjos de ser así, hemos visto como en muchas provincias el alzamiento fué espontáneo, sin que hubiera habido móvil secreto; y que si en otras hubo personas que aprovechándose del espíritu general trataron de dirigirle, no fueron clérigos ni clases determinadas, sino indistintamente individuos de todas ellas. El estado eclesiástico cierto que no se opuso á la insurreccion, pero tampoco fué su autor. Entró en ella como toda la nacion, arrastrado de un honroso sentimiento patrio, y no impelido por el inmediato temor de que se le despojase de sus bienes. Hasta entónces los franceses no habian en esta parte

dado ocasion á sospechas, y segun se advirtió en el libro segundo, el clero español ántes de los sucesos de Bayona mas bien era partidario de Napoleon que enemigo suyo, considerándole como el hombre que en Francia habia restablecido con solemnidad el culto. Por tanto la resistencia de España nació de odio contra la dominacion extranjera; y el clérigo como el filósofo, el militar como el paisano, el noble como el plebeyo, se movieron por el mismo impulso, al mismo tiempo y sin consultar generalmente otro interes que el de la dignidad é independencia nacional. Todos los españoles que presenciaron aquellos dias de universal entusiasmo, y muchos son los que aun viven, atestiguarán la verdad del aserto.

No ménos infundado, aunque no tan general, ha sido achacar la insurreccion á conciertos de los ingleses con agentes secretos. Napoleon y sus parciales que por todas partes veian ó aparentaban ver la mano británica, fueron los autores de invencion tan peregrina. Por lo expuesto se habrá notado cuán ageno estaba aquel gobierno de semejante suceso, y cuánto le sorprendió la llegada á Lóndres de los diputados asturianos que fueron los primeros que le anunciaron. Muchas de las costas de España estaban sin buques de guerra ingleses que de cerca observasen ó fomentasen alborotos, y las provincias interiores no podian tener relacion con ellos ni esperar su pronta y efectiva proteccion; y aun en Cádiz en donde habia un crucero, se desechó su

ayuda, si bien amistosamente, para un combate en el que por ser marítimo les interesaba con mas especialidad tomar parte. Véase pues si el conjunto de estos hechos dan el menor indicio de que la Inglaterra hubiese preparado el primero y gran sacudimiento de España.

Mas aun careciendo de la copia de datos que muestran lo contrario, el hombre meditabundo é imparcial fácilmente penetrará que no era dado ni á clérigos ni á ingleses, ni á ninguna otra persona, clase ni potencia por poderosa que fuese, provocar con agentes y ocultos manejos en una nacion entera un tan enérgico, unánime y simultáneo levantamiento. Buscará su origen en causas mas naturales, y su atento juicio le descubrirá sin esfuerzo en el desórden del anterior gobierno, en los vaivenes que precedieron, y en el cúmulo de engaños y alevosías con que Napoleon y los suyos ofendieron el orgullo español.

No bastaba á los detractores dar al fanatismo ú á los ingleses el primer lugar en tan grande acontecimiento. Hánse recreado tambien en obscurecer su lustre, exagerando las muertes y horrores cometidos en medio del fervor popular. Cuando hemos referido los lamentables excesos que entónces hubo, cubriendo á sus autores del merecido oprobio, no hemos omitido ninguno que fuese notable. Siendo así, dígasenos de buena fe si acompañaron al tropel de revueltas desórdenes tales que deban arrancar las desusadas exclamaciones en que algunos han

prorumpido. Solo pudieran ser aplicables á Valencia y no á la generalidad del reino; y aun allí mismo los excesos fueron inmediatamente reprimidos y castigados con una severidad que rara vez se acostumbra contra culpados de semejantes crímenes en las grandes revoluciones. Pero al paso que profundamente nos dolemos de aquel estrago, séanos lícito advertir que hemos recorrido provincias enteras sin topar con desman alguno, y en todas las otras no llegaron á treinta las personas muertas tumultuariamente. Y por ventura en la situacion de España, rotos los vínculos de la subordinacion y la obediencia, con autoridades que compuestas en lo general de hechuras y parciales de Godoy eran miradas al soslayo y á veces aborrecidas, ¿no es de maravillar que desencadenadas las pasiones no se suscitasen mas rencillas, y que las tropelías, multiplicándose, no hubiesen salvado todas las barreras? ¿Merece pues aquella nacion que se la tilde de cruel y bárbara? ¿Qué otra en tan deshecha tormenta se hubiera mostrado mas moderada y contenida? Cítesenos una mudanza y desconcierto tan fundamental, si bien no igualmente justo y honroso, en que las demasías no hayan muy mucho sobrepujado á las que se cometieron en la insurreccion española. Nuestra edad ha presenciado grandes trastornos en naciones apellidadas por excelencia cultas, y en verdad que el imparcial exámen y cotejo de sus excesos con los nuestros no les seria favorable.

Despues de haber tratado de desvanecer errores

que tan comunes se han hecho, véamos lo que fueron las juntas y de qué defectos adolecieron. Agregado incoherente y sobrado numeroso de individuos en que se confundía el hombre del pueblo con el noble, el clérigo con el militar, estaban aquellas autoridades animadas del patriotismo mas puro, sin que á veces le adornase la conveniente ilustracion. Muchas de ellas pusieron todo su conato en ahogar el espíritu popular que les habia dado el ser, y no le substituyeron la acertada direccion con que hubieran podido manejar los negocios hombres prácticos y de estado. Así fué que bien pronto se vieron privadas de los inagotables recursos que en todo trastorno social suministra el entusiasmo y facilita el mismo desembarazo de las antiguas trabas: no pudiendo en su lugar introducir orden ni regla fija, ya porque las circunstancias lo impedian, y ya tambien porque pocos de sus individuos estaban dotados de las prendas que se requieren para ello. Hombres tales, escasos en todos los paises, era natural que fuesen mas raros en España, en donde la opresiva humillacion del gobierno habia en parte ahogado las bellas disposiciones de los habitantes. Por este medio se explica cómo á la grandiosa y primera insurreccion, hija de un sentimiento noble de honor é independencia nacional, que el despotismo de tantos años no habia podido desarraigar, no correspondieron las medidas de gobierno y organizacion militar y económica que en un principio debieron adoptarse. No obstante, justo es decir que los

esfuerzos de las juntas no fueron tan cortos ni limitados como algunos han pretendido; y que aun en naciones mas adelantadas quizá no se hubiera ido mas allá si en lo interior hubiesen tenido estas que luchar con un ejército extranjero, careciendo de uno propio que pudiera llamarse tal, vacias las arcas públicas y poco provistos los depósitos y arsenales.

Fué muy útil que en el primer ardor de la insurreccion se formase en cada provincia una junta separada. Esta especie de gobierno federativo, mortal en tiempos tranquilos para España, como nacion contigua por mar y tierra á estados poderosos, dobló entónces y aun multiplicó sus medios y recursos; excitó una emulacion hasta cierto punto saludable, y sobre todo, evitó que los manejos del extranjero, valiéndose de la flaqueza y villanía de algunos, barrenasen sordamente la causa sagrada de la patria. Un gobierno central y único, ántes de que la revolucion hubiese echado raices, mas fácilmente se hubiera doblegado á pérfidas insinuaciones, ó su constancia hubiera con mayor prontitud cedido á los primeros reveses. Autoridades desparamadas como las de las juntas, ni ofrecian un blanco bien distinto contra el que pudieran apuntarse los tiros de la intriga, ni aun á ellas mismas les era permitido (cosa de que todas estuvieron lejos) ponerse de concierto para daño y pérdida de la causa que defendian.

Acompañó al sentimiento unánime de resistir al
Tomo I.

extrangero otro no ménos importante de mejora y reforma. Cierto que este no se dejó ver ni tan clara ni tan universalmente como el primero. Para el uno solo se requeria ser español y honrado; mas para el otro era necesario mayor saber que el que cabia en una nacion sujeta por siglos á un sistema de persecucion é intolerancia política y religiosa. Sin embargo, apénas hubo proclama, instruccion ó manifiesto de las juntas en que lamentándose de las máximas que habian regido anteriormente, no se diese indicio de querer tomar un rumbo opuesto, anunciando para lo futuro ó la convocacion de córtes, ó el restablecimiento de antiguos fueros, ó el desagravio de pasadas ofensas. Infírase de aquí cuál sería sobre eso la opinion general cuando así se expresaban unas autoridades que compuestas en su mayor parte de individuos de clases privilegiadas, procuraban contener mas bien que estimular aquella general tendencia. Así fué que por sus pasos contados se encaminó España á la reforma y mejoramiento, y congregó sus córtes sin que hubiera habido que escuchar los consejos ó preceptos del extrangero. Y ¡ojalá nunca los escuchara! Los años en que escribimos han sido testigos de que su intervencion tan solo ha servido para hacerla retroceder á tiempos comparables á los de la mas profunda barbarie.

Nos parece que lo dicho bastará á deshacer los errores á que ha dado lugar el silencio de algunas plumas españolas, el despique de otras y la ligereza con que muchos extrangeros han juzgado los asun-

tos de España, pais tan poco conocido como mal apreciado.

Antes de concluir el presente libro, será justo que demos una razon, aunque breve, de la insurreccion de Portugal, cuyos acontecimientos anduvieron tan mezclados con los nuestros. Portugal.

Aquel reino, si bien al parecer tranquilo, viéndose agobiado con las extraordinarias cargas y ofendido de los agravios que se hacian á sus habitantes, tan solo deseaba oportuna ocasion en que sacudir el yugo que le oprimia.

Junot en su desvanecimiento á veces habia ideado ceñirse la corona de Portugal. Para ello hubo insinuaciones, sordas intrigas, proyectos de constitucion y otros pasos que no haciendo á nuestro propósito, los pasaremos en silencio. Tuvo por último que contentarse con la dignidad de duque de Abrantes, á que le ensalzó su amo en remuneracion de sus servicios. Su situacion.

Desde el mes de marzo, con motivo de la llamada de las tropas españolas, anduvo el general frances inquieto, temiendo que se aumentasen los peligros al paso que se disminuia su fuerza. Se tranquilizó algun tanto cuando vió que al advenimiento al trono de Fernando habian recibido los españoles contraórden. Así fué, como hemos dicho, que los de Oporto volvieron á sus acantonamientos; se mantuvieron quietos en Lisboa y sus contornos los de Don Juan Carrafa; y solo de los de Solano se restituyeron á Setúbal cuatro batallones, no ha-

biendo Junot tenido por conveniente recibir á los restantes. Prefirió este guardar por sí el Alentejo, y envió á Kellerman para reemplazar á Solano, cuya memoria fué tanto más sentida por los naturales, cuanto el nuevo comandante se estrenó con imponer una contribucion en tal manera gravosa, que el mismo Junot tuvo que desaprobala. Kellerman transfirió á Yelbes su cuartel general para observar de cerca á Solano, quien permaneció en la frontera hasta mayo, en cuyo tiempo se retiró á Andalucía.

En este estado se hallaban las cosas de Portugal, cuando despues del suceso del 2 de mayo en Madrid, receloso Napoleon de nuevos alborotos en España, ordenó á Junot que enviase del lado de Ciudad-Rodrigo 4000 hombres que obrasen de concierto con el mariscal Bessieres, y otros tantos por la parte de Extremadura para ayudar á Dupont que avanzaba hácia Sierra-morena. Al entrar junio llegaron los primeros al pié del fuerte de la Concepcion, el cual situado sobre el cerro llamado el Gardon, sirve como de atalaya para observar la frontera portuguesa y las plazas de Almeida y Castel-Rodrigo. El general Loison que mandaba á los franceses, ofreció al comandante español algunas compañías que reforzasen el fuerte contra los comunes enemigos de ambas naciones. El ardid por tan repetido, era harto grosero para engañar á nadie. Pero no habiendo dentro la suficiente fuerza para la defensa, abandonó el comandante por la noche el fuerte, y se refugió á Ciudad-Rodrigo, cuya pla-

Divisiones
francesas que
intentan pasar
á España.

za distante cinco leguas, y levantada ya como toda la provincia de Salamanca, redobló su vigilancia y contuvo así los siniestros intentos de Loison. Por la parte del mediodía los 4000 franceses que debian penetrar en las Andalucías, trataron con su gefe Avril de dirigirse sobre Mértola, y bajando despues por las riberas de Guadiana, desembocar impensadamente en el condado de Niebla. Allí la insurreccion habia tomado tal incremento, que no osaron continuar en empresa tan arriesgada. Al paso que así se desbarataron los planes de Napoleon, que en esta parte no hubieran dejado de ser acertados, si mas á tiempo hubiesen tenido efecto los acontecimientos del norte de Portugal, vinieron del todo á trastornar á Junot, y levantar un incendio universal en aquel reino.

Los españoles á su vuelta á Oporto habian sido puestos á las órdenes del general frances Quesnel. Desagradó la medida inoportuna en un tiempo en que la indignacion crecia de punto, é inútil no siendo afianzada con tropa francesa. Andaba así muy irritado el soldado español, cuando alzándose Galicia comunicó aquella junta avisos para que los de Oporto se incorporasen á su ejército y llevasen consigo á cuantos franceses pudiesen coger. Concertáronse los principales gefes, se colocó al frente al mariscal de campo Don Domingo Belestá como de mayor graduacion, y el 6 de junio habiendo hecho prisionero á Quesnel y á los suyos, que eran muy pocos, tomó toda la division española que estaba en

Los españoles
se retiraron
de Oporto.